

¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! (Lucas 11, 47-54)

Jesús no parece tener empacho alguno a la hora de confrontar a los escribas y fariseos con sus hipocresías y falsedades. Erigidos como autoridad moral y religiosa señalaban dónde estaban el bien y la verdad, quitando al pueblo la posibilidad de ver por sí mismos.

Defendiendo su poder socio-espiritual acallaban a quienes denunciaban sus incoherencias. *“¡Ay de vosotros, porque edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron!”*

Proyectar estas duras advertencias de Jesús en nuestra realidad Hospitalaria nos mueve a tomarnos muy en serio la búsqueda y el respeto por la verdad.

La verdad no admite dueños ni depende de la “nobleza” del cargo o del prestigio personal o comunitario de quienes pretenden proclamarla. La verdad puede manifestarse en las personas sencillas con las que compartimos el día a día con tanta fuerza como en aquellos a quienes se les ha confiado el servicio de la autoridad. La verdad no entiende de títulos ni cargos.

No es sencillo mantenernos abiertos a mensajes que pueden incomodarnos o que rompen nuestros paradigmas. El sentido de autodefensa nos puede llevar a la crítica fácil, a desprestigiar al mensajero, a silenciarlo con la indiferencia...

El Evangelio de hoy denuncia una forma muy sutil de *“matar a los profetas”*: consiste en aplaudir sus ideas y hasta ensalzarles como grandes personajes manteniéndonos invulnerables ante las exigencias de esas mismas ideas que aplaudimos. No es sino una forma de prostituir y matar a la verdad.

Pienso en tantos documentos eclesiales y congregaciones que conforman nuestro marco institucional y en cómo sus orientaciones pueden quedar convertidas en papel mojado ante la falta de compromiso real por vivirlos. Los imprimimos preciosamente, los divulgamos, los encajonamos, y todos en paz... ¿No es ésta una forma de matar el profetismo? El compromiso con la coherencia entre la verdad que vamos descubriendo y que asumimos parece ser la alternativa.

Como Iglesia vivimos un tiempo de especial entusiasmo ante el mensaje claro y profundamente enraizado en las fuentes evangélicas de nuestro Papa Francisco. Más allá del “subidón emocional”, ¿habrá lugar para el cambio real en la vida de la Iglesia, en nuestras vidas?

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

